

Recordar, compartir, aprender

## Zaragoza

Darí Formoso Andrés, 65 años

Javier Aguilar Martínez, 21 años

### MI ESCALERA

Darí recordaba cómo eran sus años de la niñez. En ellos solía jugar y reír con sus amigos del pueblo y cuando era la hora, todos volvían con la merienda en las manos. Solía escuchar que eran tiempos difíciles. Sin embargo, un trocito de pan con vino y azúcar que solía compartir con su gata ‘Pochola’ y su perra ‘Juni’, una muñeca de cartón y cacharrillos de barro para las comiditas, le hacían disfrutar y no echaba en falta nada.

Pensando en aquellos tiempos, ahora de mayor se da cuenta de que sí había carencias, sobretodo faltaba libertad... sí, tiempos duros. No obstante, incapaces de enturbiar aquellas noches en que después de un duro día, sus padres poco a poco comenzaban a enseñarle a leer. Vuelven a su memoria las primeras letras que le enseñaba su madre y los primeros tebeos, novelas y periódicos que le leía su padre en voz alta. Fue con ellos cuando despertó su afición a la lectura; su padre siempre le aconsejaba: “El leer y escribir son como una escalera, hay que subirla despacio, un escalón detrás de otro, y así se aprende sin darse cuenta uno”.

Comenta con cariño cómo por las tardes mientras en la escuela realizaban labores de costura, su maestra Doña Adela les hacía leer biografías de descubridores, conquistadores y exploradores que le hacían soñar con grandes viajes, con la seguridad de que los “realizaría de mayor”. Especialmente, le marcó el día que comenzó a leer ‘El Quijote’, da las gracias a su maestra por ello y, en su honor, fue el primer libro que compró cuando empezó a formar su pequeña biblioteca.

Solían ser ella y otra niña aficionada a la lectura las que normalmente amenizaban las jornadas de costura con la supervisión de la maestra.

Después del colegio y cuando se reunían todos en casa a la luz de una bombilla que colgaba del techo, a la que apenas llegaba energía, tomó el relevo de su padre y era ella la que leía en voz alta. Los miraba con “el rabillo del ojo” entre párrafo y párrafo; y contemplaba cómo sus padres la escuchaban con ilusión y orgullo; sentimientos que llenaban su alma de niña con mucha alegría.

Su vida ha discurrido por los caminos ‘previstos’: casarse, tener hijos, educarlos, cuidar a los padres... Aunque no por ello se alejó de los libros. Aquel papel que caía en sus manos era rápidamente leído con atención. Tanto es así, que incluso los viejos periódicos que envolvían las frutas y las verduras de sus compras, de repente volvían a recuperar todo el interés para el que fueron impresos, aunque solamente fuera para ella.

A pesar de los avatares de la vida que no ha sido fácil, solía robar horas a su sueño para escribir en unas pocas líneas fragmentos de poesías, pensamientos que le asaltaban o cualquier idea que pudiera ser escrita en papel. Así han ido pasando los años y por muy agotadores que hayan sido, se siente satisfecha de compartir la vida con su marido y haber tenido y educado un hijo al que poder transmitir e inculcar todos aquellos valores que ella misma recibió de sus padres.

En estos últimos años en los que la jubilación le permite dedicarse tiempo a sí misma, vuelve a retomar las ilusiones que siempre estuvieron presentes en su mente. Escribir, leer, plasmar en cuartillas retazos de sus ilusiones, anotar ideas que pujan por salir a la luz, etc., en aquella escalerilla que empezó a subir de la mano de su padre y de aquella maestra... siempre, siempre recordada. Y este pequeño resumen, sólo forma parte de un escalón más de su querida escalera de letras, que decidió empezar a subir de niña y que terminará...

